

EL TRASLADO DE LAS RELIQUIAS DE SAN INDALECIO A SAN JUAN DE LA PEÑA

† Antonio DURÁN GUDIOL

El Jueves Santo 28 de mayo de 1084 llegó a la abadía de San Juan de la Peña el cuerpo de san Indalecio, obispo de Urci (Almería) y, según creencia de los monjes, uno de los siete Varones Apostólicos, obispos consagrados en Roma y enviados a Hispania por los Apóstoles san Pedro y san Pablo. Fue testigo del solemne acto de recepción de la reliquia un monje de la abadía borgoñona de Cluny, llamado Hebrethme, el cual, a petición del abad pinatense Sancho, escribió el relato de la aventura llevada a cabo por los monjes Evancio y García bajo la protección del prohombre pirenaico de nombre García.¹

¹ En el Archivo Histórico Nacional, sección Clero, carp. 703, núm. 18, se conserva un cuaderno de 12 folios escritos a doble columna con la rúbrica «Incipit series miraculosæ translationis corporis sancti Indaletii Urcitanæ civitatis episcopi, a dicta urbe ad hoc inclitum et regale monasterium Sancti Iohannis de Peña anno MLXXXIV ab Ebretmo Cluniacensis cenobii monacho contexta». Es copia de un documento antiguo deteriorado, realizada por el doctor fray Bernardino Antonio de Echeverz, monje pinatense, en 1728. En los últimos folios «Sequantur exempla hoc est miracula sancti Indaletii ab Ebretmo enunciata», trasunto autenticado por Valentín Caveno, presbítero y notario apostólico en San Juan de la Peña el 31 de marzo de 1748. Del documento antiguo, que no se conserva, dio amplia información J. BRIZ MARTÍNEZ, *Historia de San Juan de la Peña*, Zaragoza, 1620, con comentarios eruditos. El relato de Hebrethme fue publicado en latín por los Bolandistas en *Acta sanctorum aprilis*, III (Amberes, 1675), pp. 733 y ss.

No se trata de una simple leyenda hagiográfica, sino de la narración de la búsqueda, hallazgo y traslación del cuerpo de san Indalecio, que se encuadra realmente dentro de la situación histórica de los años 1083-1084 en la zona suroriental de al-Andalus, los reinos de taifas de Lérida-Tortosa-Denia, Valencia, Murcia, Almería y Sevilla. No empañan la credibilidad del relato los acontecimientos sobrenaturales, como visiones y milagros, probables interpolaciones de intención ejemplarizante, que enfatizan el favor de Dios en la concesión de la apreciada reliquia con vistas a formar el tesoro sagrado de la abadía pinatense, siguiendo el modelo de los relicarios de Roma, Montecasino y Compostela, conocidos por el abad Sancho, que los había visitado.

EL ABAD SANCHO Y EL «PRÍNCIPE» GARCÍA

El abad Sancho es citado en un documento de la abadía de Irache fechado en 1076 como electo de San Juan de la Peña.² Sucedió al primer abad pinatense, Aquilino, muerto el año anterior, y falleció en 1085, según las respectivas inscripciones necrológicas conservadas en el claustro del monasterio románico.³

El éxito de la gestión de los monjes Evancio y García se debió al «príncipe» García —título que le da Hebrethme—, consanguíneo del abad Sancho, que residía en la ciudad de Murcia, donde tenía palacio o casa, al mando de un ejército de cristianos —entre ellos un clérigo— al servicio del *rey de Sevilla* Muhammad ibn Abbad al-Mutamid (1069-1091), el cual se había apoderado de la ciudad de Murcia en 1078. De él recibió García en septiembre de 1083 la orden de atacar la ciudad de Almería, cuya taifa dominaba Abu Yahya Muhammad al-Mutasim (1048-1087).⁴ La guerra entre las dos taifas fue motivada por la toma de la ciudad de *Bearia* por el almeriense, quizá la *Baiyara* que se supone es Montoro, cerca de Porcuna.⁵

Deja claro el monje cluniacense que el cristiano García y su ejército cristiano estaban al servicio de la taifa de Sevilla, pero no explica los motivos. Acaso fuera un grupo de mercenarios o aventureros a sueldo. Sin embargo, hay un matiz en el relato

² J. M. LACARRA, *Colección diplomática de Irache*, I, Zaragoza, 1065, p. 77.

³ A. DURÁN GUDIOL, «Inscripciones medievales de la provincia de Huesca», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, VIII (Zaragoza, 1967), pp. 78 y 80.

⁴ M. SANCHÍS GUARNER, *Història del País Valencià*, I, Barcelona, 1965, p. 245.

⁵ AL-HIMYARI, *Kitab ar-Rawd al-Mitar*, trad. de M. P. MAESTRO GONZÁLEZ, Valencia, 1963, p. 120.

que debe tomarse en consideración: en posesión ya del cuerpo de san Indalecio y dispuestos los monjes pinatenses a emprender el camino de regreso a su monasterio, García los dirigió, provistos de una credencial, al «rey de Denia», al que mandó condujera honrosamente a los monjes viajeros hasta tierra de cristianos. En cumplimiento del «mandato», los acompañó hasta la ciudad de Valencia. Las voces «mandó» y «mandato» indican que el aragonés García gozaba de cierta autoridad sobre el rey de Denia, Tortosa y Lérida, que era Mundir Imad al-Dawla (1081-1090), de la familia zaragozana de los hudíes, hijo de Ahmad ibn Sulayman al-Muqtadir (1046-1082) y hermano del rey de la taifa de Zaragoza Yusuf al-Mutamin (1081-1085).⁶ Tal autoridad se debería al rey Sancho Ramírez de Aragón y Navarra, con el que se había aliado Mundir contra su hermano al-Mutamin a raíz de la muerte de al-Muqtadir en 1082. García, por consiguiente, no sería propiamente un mercenario, sino el jefe de un destacamento cristiano enviado por el monarca aragonés a la taifa de Denia, Tortosa y Lérida.

Podría ser parecido al del «príncipe» García el caso de Fortuño López, sobrino de Banzo, abad de San Andrés de Fanlo: cuando éste, desposeído de su abadía por el rey Sancho Ramírez, fue acogido por el abad Aquilino de San Juan de la Peña, que le cedió el antiguo monasterio de San Martín de Cercito; con este motivo donó en 1072 al monasterio pinatense una casa con su heredad en Bailo;⁷ morando en Cercito, Banzo donó a su sobrino un mulo, al disponerse a viajar «a tierra de Sarracenos»; después de la muerte de su tío, Fortuño López regresó a Aragón y pleiteó contra San Juan de la Peña a causa de un campo en Bailo que había puesto como prenda de la devolución del mulo, valorado en 100 sueldos.⁸

El abad Sancho conocía la existencia de la iglesia episcopal de Urci y del sepulcro del obispo san Indalecio, cuyo cuerpo proyectaba trasladar a San Juan de la Peña para enriquecer su tesoro sagrado. García, que peregrinaba a Santiago de Compostela, se detuvo en la abadía pinatense, en la cual, después de confesarse con su pariente el abad Sancho, prometió agradecido servir al monasterio, al que ofreció su persona y sus bienes presentes y futuros. Sancho se limitó a pedir su colaboración en la búsqueda y traslado del cuerpo del santo a su abadía. De ser como explica Hebrethme, cabe preguntarse sobre la procedencia de la información. Quizá pueda sugerirse al respecto

⁶ AFIF TURK, *El reino de Zaragoza en el siglo XI de Cristo*, Madrid, 1978, pp. 75-117.

⁷ Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, *Libro Gótico*, f. 64.

⁸ *Ibidem*, f. 64r-v.

un personaje andalusí al servicio del rey Sancho Ramírez, Pedro de Almería, probable judío converso que en la última etapa de su vida fue sucesivamente canónigo de las catedrales de Huesca y Jaca para acabar sus días en el monasterio de San Adrián de Sasau, que fue sede del obispado de Aragón desde 922 a 1076.⁹

CAMINO DE MURCIA Y ALMERÍA

Peregrino a Compostela, el «príncipe» García visitó el monasterio de San Juan de la Peña, presidido por un pariente suyo, el abad Sancho, el cual le expuso su deseo de encontrar y trasladar a su abadía el cuerpo de san Indalecio, obispo de Urçi. Accedió aquél y le sugirió que, durante su peregrinaje, eligiera uno o dos monjes que le habrían de acompañar en el viaje de regreso a su residencia andalusí. Los escogidos fueron los monjes Evancio, sacrista del monasterio, y García, a quienes el abad explicó en secreto el plan trazado con su pariente.

Vuelto de Compostela, García tomó consigo los dos monjes y emprendió el camino de Murcia en territorio «de reyes paganos», entre los cuales reinaba a la sazón la paz. Poco después de su llegada se declaró la guerra entre el rey de Hispalis —«ciudad que ahora los ismaelitas llaman Sivilia»— y el rey de Almería. El sevillano reunió su ejército y envió mensajeros al «príncipe» García, mandándole que con sus hombres se dispusiera a atacar la ciudad de Almería.

García y su destacamento, en compañía de los dos monjes pinatenses, salieron de Murcia la vigilia de la fiesta de san Miguel —28 de septiembre de 1083— y diez días después se encontraron con el grueso del ejército de al-Mutamid de Sevilla en la ciudad de Baza. Durante ocho días se dedicaron a impugnar y devastar castillos del rey de Almería hasta llegar a la ciudad de Urçi, de la que Hebrethme da la siguiente noticia:

En tiempos la ciudad de Urçi fue convertida a la fe por la predicación de san Indalecio, que fue su obispo. Fue sepultado en la iglesia que él había construido. Después de su muerte gobernaron durante muchos años los reyes de toda Hispania y más tarde, debido a los pecados del reino, fue el país entregado a manos de los ismaelitas llegados de África y Arabia, los cuales, quebrantadas muchísimas ciudades, destruidas las iglesias y diezmado el pueblo, se apoderaron de todo el reino. Algunas de

⁹ A. DURÁN GUDIOL, *Historia de la Catedral de Huesca*, Huesca, 1991.

las ciudades destruidas fueron reedificadas en otros lugares, entre ellas la de Urci, que fue restaurada cerca del mar, a seis millas del lugar, y cambiaron su nombre por el de Almería. Reducida a villorrio la ciudad antigua, en la que permanecieron algunos cristianos por su devoción a san Indalecio, cuya iglesia se conservó, pasó a ser llamada Pechina.

El ejército de la taifa sevillana, del que formaba parte García con sus soldados y los dos monjes, acampó en Urci. Pudo ser a mediados de octubre.

LA IGLESIA DE URCI

Durante la acampada los dos monjes visitaron con frecuencia la iglesia de Urci, a la que acudían también los cristianos del destacamento de García. Dudaron aquéllos acerca de la existencia del sepulcro de san Indalecio y, por tanto, de la posibilidad de apoderarse de las reliquias.

El sacrista Evancio —explica Hebrethme— pasó de la duda a la certeza gracias a una visión que tuvo. Se vio él mismo en la iglesia de San Indalecio, cuando se le apareció un hermoso joven que le preguntó:

—¿Qué haces aquí, qué buscas?

Le respondió el monje:

—Quisiera saber con certeza en qué lugar se halla depositado el cuerpo de san Indalecio, porque he oído que está aquí enterrado, pero no sé dónde.

—Si esto quieres saber —dijo el joven— no tengas duda alguna.

Y levantando la mano, añadió:

—Mira cerca del altar, a la derecha, el sepulcro se halla allí donde ves una llama que sale del suelo.

Evancio salió de la iglesia, pero volvió a entrar para cerciorarse de ser verdad cuanto había oído. Escudriñaba todos los rincones, cuando se le apareció un anciano de venerables canas, al que preguntó:

—¿Quién sois, señor?

Respondió el anciano:

—Hasta ahora he sido el guardián de esta iglesia de San Indalecio. Si él quiere salir con vosotros de este lugar, yo quiero acompañarle.

Y el monje dejó de verlo. Después explicó a su hermano espiritual García y decidieron ambos pedir consejo al «príncipe» García y al clérigo de éste.

Creyó García que debía llevarse con gran secreto la apertura del sepulcro del santo y proceder con cautela, dado que los cristianos de su ejército frecuentaban la iglesia de San Indalecio. Discretamente llamó a dos soldados de su confianza, a los que explicó cómo su pariente el abad Sancho le había pedido, al volver de su peregrinación a Compostela, que rescatara el cuerpo del santo obispo de Urci, objetivo que justificaba la presencia de los dos monjes pinatenses.

Los dos soldados relataron a García el sueño que habían tenido la noche anterior:

—Estábamos en la iglesia y vimos que dos monjes desenterraban un cuerpo debajo del altar mayor, al tiempo que nosotros les iluminábamos con dos cirios.

En éstas se oyó la voz del heraldo del rey de Sevilla mandando levantar las tiendas y plantarlas frente a las puertas de la ciudad de Almería, a seis millas de Urci. García se alegró porque entendió que levantar el campamento favorecería la operación de rescate del cuerpo de san Indalecio. Quedaron en Urci los dos monjes y los dos soldados que habían sido designados para ayudarles.

HALLAZGO DE LA RELIQUIA

El mismo día de la partida del ejército sevillano de al-Mutamid a Almería, a media tarde, los cuatro que permanecían en Urci procedieron a la apertura del sepulcro del santo.

Ante el temor de la oscuridad de la noche, se preguntaron ansiosos los monjes y los soldados cómo podrían terminar la operación faltos de luz, cuando advirtieron la intervención del santo al encontrar, mezclados con la tierra del sepulcro, tantos cirios como para iluminar no sólo una sino hasta ocho noches o más. Levantaron la losa de mármol que encerraba el cuerpo de san Indalecio y al instante les invadió un olor de todas las aromas. Y descubrieron en la lápida una inscripción que decía: «Aquí descansa Indalecio, el primer pontífice de la ciudad de Urci, ordenado en Roma por los santos apóstoles».

A medianoche creyeron oportuno interrumpir el trabajo y continuarlo con la luz del día siguiente. Se llevaron a su alojamiento parte del cuerpo del santo —«hasta las rodillas»—. Por la mañana volvieron a la iglesia, pero amenazados por un grupo de ladrones musulmanes, que intentaron apedrearlos, recubrieron el sepulcro y emprendieron el camino hacia el campamento de García en Almería.

BATALLA DE ALMERÍA

García se alegró con la llegada a su campamento de la reliquia de san Indalecio y lo comunicó a todos sus soldados, que el mismo día se disponían a atacar al rey de Almería, en cuyo ejército también había cristianos.

Iniciada la batalla, cuando se encontraban mezclados los dos ejércitos ante las puertas de Almería y se atacaban los combatientes, rasgó el fragor del combate potente clamor del heraldo del rey de Sevilla mandando que cesara la lucha y volvieran todos a sus tiendas.

Mientras el grueso del destacamento de García se mantenía frente a Almería, éste reforzó con otros ocho soldados la ayuda a los monjes en pos de las reliquias. Los doce regresaron a Urci, dispuestos a apoderarse de los huesos de san Indalecio que restaban en el sepulcro. Cuando lo hubieron conseguido, regresaron al campamento de Almería. Los monjes con las reliquias se alojaron en la tienda de García.

VUELTA A MURCIA

Cuando se levantó el campamento, García con todos sus hombres y los dos monjes con las reliquias se vio precisado a continuar la campaña militar del rey de Sevilla contra los castillos del almeriense.

Durante la marcha del ejército, aconteció cierto día que, cansados por el camino, plantaron de noche sus tiendas y, sin darse cuenta, pusieron el cuerpo del santo en lugar indecoroso. En el silencio de la media noche se apareció san Indalecio a un soldado que descansaba en su estrado.

—Levántate —le ordenó— y di a los monjes que duermen en la tienda de García, tu señor, que en adelante procuren elegir mejor lugar para mi cuerpo.

Por la mañana el soldado cumplió el encargo, relatando a García y a los monjes el mensaje del santo. Y descubrieron muchos huesos de animales muertos alrededor del féretro de san Indalecio.

Debió de considerar García inconveniente que los monjes y el cuerpo del santo obispo continuaran en su ejército en campaña y los mandó a su palacio de Murcia. Aquí moraron durante un mes sin atreverse a emprender el largo viaje de regreso a San Juan de la Peña estando ausente García. Mientras tanto:

Aconteció en la ciudad de Lorca, distante cincuenta millas de Murcia, que se apareció san Indalecio a un hombre, diciéndole:

—Vete a Murcia y pregúntales a los monjes que habitan en casa del príncipe García por qué no me llevan al lugar que prometieron.

Pasado poco tiempo, viendo que no surtía efecto el aviso, se apareció el santo, irritado y con hábitos pontificales, a un soldado del príncipe García que estaba descansando. Asustado por la inesperada visión, le preguntó quién era.

—Soy el obispo Indalecio —le contestó—, que contra mi voluntad sigo detenido en esta tierra. Levántate enseguida y di a García y a los monjes que si no llego a San Juan de la Peña el Jueves Santo ni yo ni ellos saldremos de esta región.

Llegó García a su casa de Murcia para tratar con los monjes de preparar lo necesario para el largo camino de Murcia al monasterio aragonés. Una noche, mientras se veneraba el cuerpo del santo con muchas luces de cirios, se produjo un terremoto que hizo zozobrar la casa de García. Cuantos se encontraban en ella huyeron, dejando solos a los monjes. A continuación cayó una tormenta de rayos, truenos y copiosa lluvia como advertencia a los monjes, que desobedecían la voluntad del santo. Terremoto y tormenta afectaron sólo la casa de García, pues en toda la provincia era total la serenidad del cielo. Después de ver y oír todo, el príncipe García no se atrevió a retener por más tiempo el cuerpo del obispo contra su voluntad.

DE MURCIA A SAN JUAN DE LA PEÑA

Sería en la segunda quincena del mes de febrero de 1084 cuando los dos monjes salieron de Murcia para regresar a su monasterio de San Juan de la Peña, donde llegaron el 28 de marzo. García los acompañó seis millas camino de Denia, ciudad a la que

fueron conducidos por unos mensajeros —«los más nobles de sus soldados»—, portadores para el rey al-Mundir —que había sucedido a su padre el hudí zaragozano al-Muqtadir en la taifa de Denia-Tortosa-Lérida— de una carta de García mandándole que facilitara el viaje de los monjes al país de los cristianos. Al-Mundir los llevó a Valencia, donde aquéllos se detuvieron en casa de un mozárabe llamado Servando.

Parece verídica la anécdota que cuenta Hebrethme. Había en Valencia un mercader que intentaba vender a un cristiano en ultramar. Éste logró escapar y se refugió en casa de Servando y pidió a los monjes que lo sacaran de la ciudad para poder recuperar la libertad. Consintieron y el cautivo cristiano, que los acompañaba, logró burlar la vigilancia de su amo «en las puertas primera y segunda de la ciudad, abiertas al río».

De Valencia se dirigieron a Tortosa, donde llegaron después de cuatro días de camino. Pernoctaron en esta ciudad y al día siguiente vadearon el Ebro y llegaron hasta Lérida para arribar a continuación a tierra aragonesa. Sin más detalles sobre el itinerario en país cristiano, explica el relato que los monjes con las reliquias se detuvieron a descansar durante dos días en la iglesia de Santa María de Ballarán, en el valle serrablés de Basa, después de enviar mensajeros al abad Sancho para anunciarle que se disponían a emprender el camino de San Juan de la Peña.

La recepción de la reliquia de san Indalecio se celebró solemnemente por la comunidad pinatense el 28 de marzo, Jueves Santo, de 1084 en presencia del rey Sancho Ramírez, del infante Pedro y del cluniacense Hebrethme, el que escribió por encargo del abad la *Series translationis corporis sancti Indalecii*, objeto del presente comentario.

Las versiones catalana, latina y aragonesa de la *Crónica de San Juan de la Peña* coinciden en la noticia del traslado de la reliquia con el relato estudiado, aunque informan haber sido dos los cuerpos obtenidos en Urçi, el de san Indalecio y el de san Jaime, su sucesor en el mismo obispado, cuyas recepciones por el monasterio se habrían celebrado el 5 de abril, que cayó en el viernes de la semana de Pascua.¹⁰

¹⁰ Versión catalana, ed. SOBERANAS-LLEÓ, Barcelona, 1961, pp. 56-57; versión latina, ed. UBIETO ARTETA, Valencia, 1961, pp. 62-63; versión aragonesa, ed. ORCÁSTEGUI GROS, Zaragoza, 1986, p. 37.

EL RELICARIO PINATENSE EN EL SIGLO XII

En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia se guarda un interesante pergamino de mediados del siglo XII que registra las reliquias de santos que poseía el monasterio de San Juan de la Peña. Encabeza el inventario la noticia de la consagración de la iglesia abacial románica, celebrada el lunes 4 de diciembre de 1094 por Amado, arzobispo de Burdeos, Pedro, obispo de Jaca, y Godofredo, obispo de Magalona, siendo abad pinatense Aimerico, sobrino del legado pontificio Frotardo, abad de Saint Pons de Thomières y moderador de los monasterios del reino de Aragón y Navarra.

No eran menos de sesenta las reliquias sagradas veneradas en San Juan, entre las cuales sobresalían las cabezas de san Indalecio y san Jaime, obispos de Urgel, en el altar mayor, junto con otras treinta reliquias; en el altar de san Pedro se exponían los relicarios de san Felipe apóstol y otros cuatro santos; en el altar de san Miguel los de san Pedro apóstol, san Félix de Gerona y otros cuatro. Entre el altar mayor y el de san Pedro se hallaba el sepulcro del eremita pinatense san Juan de Atarés y, colocada sobre el mismo, un arca de plata con el cuerpo de san Indalecio, «uno de los sesenta y dos discípulos de Jesucristo» y, encima del arca, relicarios de san Juan Bautista y de quince santos más, así como fragmentos «de la Vera Cruz, del vestido del Señor, del pan del Señor y de la toalla con la que el Señor lavó los pies a sus discípulos». En otra parte se guardaba un brazo de san Indalecio, recubierto de plata dorada. En la cripta, cerca del altar de santos Cosme y Damían, se ubicaban los sepulcros de los hermanos san Félix y san Voto, eremitas, y los de dos obispos cuyos nombres no se registran.¹¹

El 17 de abril de 1178 en San Juan de la Peña, ante el abad Fernando y la comunidad monástica, los rectores, vicarios, capellanes y vecinos de unas doscientas treinta y dos poblaciones altoaragonesas formularon el «Voto de la capilla de san Indalecio, situada en medio del monte», comprometiéndose a peregrinar todos los años, dentro de la octava de Pentecostés, al monasterio pinatense un representante de cada casa de aquellas localidades junto con las cruces y clérigos de las parroquias y a ofrecer con tal motivo para sostenimiento e iluminación de la ermita del santo, cuya intercesión había de implorarse para la obtención de buenas cosechas. Las «villas» votantes se obligaron a dar de limosna al santo y a los monjes un cuartal de trigo por cada yugo de

¹¹ Publ. M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Libros y librerías de la Rioja altomedieval*, Logroño, 1979, p. 319.

animales de labor, medio cuartal por cada bestia de labor o buey y medio cuartal también por «axadero» o casa que no contaba con animales para las labores del campo, sino sólo con los brazos de sus hombres.¹²

¹² Archivo Histórico Nacional, carp. 714-721, en la fecha indicada, cuatro trasuntos de los siglos XIV y XV. Véase R. MUR SAURA, *Geografía medieval del Voto de san Indalecio*, Jaca, 1991.